

He llegado ante ustedes recorriendo en sentido inverso el camino marcado por los españoles del siglo XVI para llegar a Chile; el que hicieron para alcanzar, como dijera Ercilla en *La Araucana*, esa "fértil provincia y señalada en la región antártica famosa". El mismo que emprendió Ercilla, quien fue, a la vez, gran poeta épico español y parte del basamento de nuestro imaginario colectivo, que recién entonces empezaba a desplegarse.

Como los demás niños de Chile, aprendí esos versos en la escuela. Supe a través de ellos del portentoso encuentro de dos mundos, que nos marcaría para siempre.

Así de profundo es el lazo de Chile y de América Latina con España; un lazo que nadie puede desatar. Porque es un lazo que logró sobrevivir a la independencia de nuestros países americanos, alcanzada a comienzos del siglo XIX, hace ya casi dos siglos. Y un lazo que se refuerza cuando, a fines del siglo XX, la nueva democracia española abrió aquel escenario en que una América Latina que también se liberaba progresivamente de sus dictaduras, volvía a contemplar a la Madre Patria con admiración.

JUSTICIA Y RECONCILIACIÓN

Los chilenos sabemos que España y los españoles han seguido muy de cerca nuestros esfuerzos por recuperar la democracia. ¡Fueron tantos los hombres y mujeres de esta tierra que nos apoyaron en el período en que luchábamos por abrir un espacio a la libertad! Tantos españoles y españolas han estado presentes también en los debates que han acompañado nuestra transición; son

tantos los que se han sentido llamados a decir también su palabra, y en buena hora. Entre hermanos podemos hablar de temas comunes.

En el curso de una década, tras una división tal vez la más profunda de nuestra historia contemporánea, Chile ha logrado recuperar su vida ciudadana y sus instituciones democráticas. Por eso estoy hoy aquí ante ustedes.

A pesar de las valoraciones muy distintas que tenemos los chilenos sobre el pasado, hemos sido capaces de reconstituir la conciencia moral de nuestra sociedad, enfrentando la tarea de hacer verdad y justicia respecto de las violaciones a los derechos humanos. Lo hemos hecho en un marco de paz social y de pleno ejercicio de las libertades políticas, sin afectar la capacidad de desarrollo de nuestra economía y sin ahondar las divisiones heredadas. Por el contrario, incorporando progresivamente a todos los actores a la tarea de reparar la deuda que la sociedad tiene con las víctimas, muy especialmente con los familiares de los detenidos desaparecidos.

UN EPISODIO RECIENTE

Muchos, tanto en Chile como fuera de nuestro país, pensaron que iba a ser muy difícil avanzar en esta tarea. Episodios recientes —la detención del general Pinochet en Londres— así nos lo recordaron. Algunos pidieron a los gobiernos democráticos castigar a los responsables de las violaciones a los derechos humanos, sin percibir tal vez que la tarea principal de un gobierno legítimo que sigue a un régimen autoritario, es crear las condiciones para que sean los Tribunales de Justicia los que cumplan con el deber de investigar la tragedia del pasado e impartir justicia; que no es una democracia sólida la que no está en condiciones de hacer justicia en su propio suelo.

Para algunos, la posibilidad de un juicio al general Pinochet fuera de Chile parecía un atentado a nuestra soberanía, y era la soberanía el valor prioritario que se debía cuidar; pero so pretexto de la soberanía, no estábamos seguros de si llegaría la justicia. Para otros, era la justicia el valor prioritario; y porque había que hacer justicia, no importaba dónde. El desafío complejo era satisfacer ambos valores simultáneamente.

Hoy, aquí ante ustedes, representantes del pueblo soberano español, puedo decir que el valor de la soberanía y el valor de la justicia se han cumplido a cabalidad en Chile. Chile ha honrado su palabra.

Cuando no es posible aquello, cuando no se puede honrar ambos principios a la vez, entonces Chile entiende que entre todos debemos crear las instituciones que lo permitan; porque sí hemos aprendido, al finalizar el siglo XX, que dondequiera que se violan los derechos humanos, hay otro ser humano que tiene derecho a levantarse y protestar, sin importar las fronteras.

Y porque eso es así, Chile apoya la creación de un Tribunal Penal Internacional al cual entregamos parte de nuestra soberanía, comprendiendo que hay un valor superior que proteger: el derecho de la humanidad a hacer justicia cuando se cometen crímenes de lesa humanidad.

A partir de esa coyuntura superada, podemos hoy mirar el porvenir.

AMÉRICA LATINA Y ESPAÑA

Son muchas las similitudes entre las historias de trauma y división que los países de América Latina, y también España, han debido superar. Y mayores aún las coincidencias que aparecen cuando se contempla el dinamismo y el progreso que nuestras sociedades desarrollaron al dejar atrás la onerosa carga de su pasado y reconstruir su democracia.

Como señalara un catedrático español, el sistema democrático es *la gran revolución del siglo XX*. En verdad, no parece posible explicar la atracción mutua entre nuestros países sin aludir al renacimiento democrático de nuestras sociedades. Ahí está tal vez la razón más profunda de este reencuentro de España y América Latina.

Durante las últimas décadas hemos hecho en conjunto, españoles y latinoamericanos, algunas cosas extraordinarias, y es con justicia que hoy día podemos calificar este reencuentro como histórico.

La creciente participación de inversiones españolas en áreas fundamentales de nuestras economías ha llegado hasta el punto de hacer de las empresas y bancos de este país, actores económicos determinantes de nuestro proceso económico y de nuestro desarrollo.

Al mismo tiempo, España ha jugado un papel importante, propio de una Madre Patria, en nuestra relación con la Unión Europea; y ello no sólo en el terreno de la cooperación al desarrollo y la promoción del comercio y la inversión, sino también, y más importante aún, en el terreno político.

Desde su contribución a los procesos de paz en Centroamérica, a fines de los ochenta, hasta su actual participación en el plan de Países Amigos de Colombia, España ha sido un socio europeo relevante en todas las iniciativas políticas de carácter continental.

Por ello, la creación de la Comunidad Iberoamericana de Naciones ha sido un desarrollo natural y un hecho cuya trascendencia sabemos valorar en toda su magnitud. Conocemos bien el valor que tiene, en un mundo globalizado, la construcción de un espacio de diálogo, de cooperación y de acción colectiva, basado en identidades culturales comunes.

A partir de eso, miremos entonces el futuro.

GLOBALIZACIÓN

Es cierto que hoy día la situación mundial no parece favorable. El antiguo escepticismo sobre nuestras posibilidades planea otra vez sobre nuestra región. De nuevo se yerguen condicionantes y preguntas sobre la estabilidad democrática de algunos de nuestros países. Las dificultades de la economía internacional acentúan las limitaciones internas de nuestras economías, y como resultado de la situación externa, muchos nos tenemos que conformar con un menor crecimiento del producto. También es cierto que nuestras democracias son frágiles para tolerar crisis, que normalmente afectan a los más pobres.

Pero unas más, otras menos, las economías latinoamericanas han logrado realizar las reformas necesarias para incorporarse a los mercados globales, y alcanzar al mismo tiempo niveles importantes de crecimiento.

Estos esfuerzos, estos dolores, nos impiden retroceder. Incorporarse en plenitud a los procesos globales que tienen lugar en nuestro planeta, es una obligación. La globalización está aquí para quedarse, y por eso tenemos que hablar sobre ella en presente y en futuro.

Sobre todo, debemos buscar cómo hacerla más amplia y más equitativa, que signifique más acceso a mercados, una mayor generación de bienes públicos al alcance de todos. Debemos avanzar y acrecentar la presencia cultural de nuestros países, para que la globalización no signifique arrancar las raíces comunes que tenemos a ambos lados del Atlántico.

Debemos buscar cómo aportar al enriquecimiento del pensar de todos, más que a la aceptación por todos de un pensamiento único. Debemos lograr que las reformas sociales no vayan a la zaga de las reformas económicas. Insistir en el legítimo objetivo de aumentar la convergencia entre nuestras regiones y países. Buscar cómo hacer para tener sociedades más cohesionadas y que al mismo tiempo mantengan el ritmo de su crecimiento.

Estar contra el fenómeno de la globalización es como estar en contra del mañana. Pero ello no nos libera de reflexionar y decidir sobre cómo vamos a actuar a futuro. Debemos optar por ver, o preferir no ver, a los miles de millones que quedan fuera del mercado, o la inseguridad en zonas que el fin de la guerra fría ha condenado al olvido.

DEMOCRACIA

Tampoco es posible negar la configuración de escenarios políticos preocupantes en algunos países latinoamericanos. No obstante, hoy día nuestros pueblos quieren más, y no menos, democracia.

Por ello, los conflictos que aún existen en nuestra región nos han obligado a plantearnos instancias desde las cuales podamos abordarlos en conjunto y de manera coordinada. En este escenario, el Grupo de Río es un instrumento importante de coordinación política, que ha suscrito un marco de garantías democráticas y que ha avanzado —y continúa avanzando— de manera resuelta en la resolución de nuestros conflictos vecinales.

Lo que importa destacar hoy día es que la América Latina de hoy ha comprendido que sólo desde la democracia y desde la asociación con el mundo podremos superar nuestras limitaciones históricas. Como señalara un economista recientemente, el siglo que acaba de terminar fue duro con las ideologías simplistas, tanto las de derechas como las de izquierdas.

Ni el autoritarismo, ni el proteccionismo a unos pocos, pueden dar solución a la pobreza y la desigualdad. Esta es la lección que nos ha dejado el siglo que terminó.

Hemos llegado a España en esta visita con mucho optimismo y mucha esperanza.

Hemos llegado acá porque queremos, no sólo Chile, sino toda América Latina, hacer el camino inverso al que hicieron ustedes hace tantos siglos.

América recibió la visita de Europa fundamentalmente a través de ustedes, los españoles. Hoy América Latina quiere insertarse en el mundo, e insertarse en Europa. Y entendemos que tenemos que hacerlo a través de la puerta de España, la Madre Patria.

Queremos, por cierto, incrementos comerciales y de inversión; pero también queremos más. Queremos profundizar nuestra identidad política en el valor compartido de la democracia; queremos profundizar nuestra identidad generando más democracia a través de más igualdad para cada uno de los ciudadanos de nuestros países; y para que ello no sea retórico, queremos luchar conjuntamente en la búsqueda de sociedades que a todos y a cada uno de sus miembros les ofrezcan un espacio digno.

Porque nos une nuestro pasado, lo que somos y lo que aspiramos a ser, es que queremos mucho más con España y con Europa.

Tenemos en común tesoros todavía por trabajar.

Tenemos un presente democrático y de desarrollo que es nuestro deber profundizar, multiplicando iniciativas e intercambios.

Tenemos tareas comunes por delante, para humanizar la globalización.

Vayamos, entonces, a este encuentro que nos depara el destino a comienzos de este siglo XXI. Vayamos de prisa, tan rápido como nos sea posible. Como dijera Alonso de Ercilla en *La Araucana*:

*Es la necesidad grande inventora
y el trabajo solícito en las cosas,
maestro de invenciones ingeniosas.*

Tenemos que buscar la forma de hacer invenciones ingeniosas en América Latina y España, para enfrentar mejor las tareas que nuestros pueblos nos demandan.

Por eso aquí, en este Parlamento, quisiera decir: Llego como representante de un pequeño país que logró superar, y está superando, traumas del pasado, pero en donde me eligieron gobernante no para administrar las nostalgias del ayer, sino para enfrentar los desafíos de hoy. Y juntos, con España y con ustedes, representantes del pueblo español, los desafíos se enfrentan con mayor facilidad.

Muchas gracias.